

Desobediencia civil (v 2)

Leí este verano pasado algunas páginas del legado de H.D. Thoreau a la Humanidad. Se trata de su obra “Del deber de la Desobediencia Civil”. Este tipo, un norteamericano (de cuando la barrada tenía trece estrellas), fue el inspirador de gentuza tan sospechosa de respetar el Orden Establecido como fueron Mahatma Gandhi o Martin L. King. ¡Es genial, leedlo si aún no lo habéis hecho! Y hay una única idea que saco de su obra y que impide que las demás vayan anidando (sic): cuando actúas con total coherencia frente al Estado poniendo tus ideas en tu práctica ciudadana, la terminas pagando con la (ausencia de tu) Libertad; incluso, muy posiblemente, con (la pérdida de tu) Vida. Esa es la raíz de toda desobediencia responsable: sólo somos verdaderamente libres y disfrutamos de una vida plena cuando nos disponemos a vivirla en libertad.

Al presentar Laplace su Tratado sobre la Mecánica Celeste a Napoleón y al requerimiento de éste de dónde se encontraba Dios en su obra, dicen que dijo que tal hipótesis no había sido necesaria para elaborar su teoría cosmológica. Ciertamente, no merece la pena. Esta afirmación está más que compartida entre la población actual, pero no por conocimiento del “Traité de Mécanique Céleste” de Pierre Simon, si no porque no hay que creer en Dios para vivir; incluso hay quien vive muy bien sin la necesidad de creer en Él.

Aunque ahora que lo pienso, tampoco es necesario que se comparta mayoritariamente una hipótesis como para darle visos de virtualidad. Si no lo veis así, os remito a este aforismo (al que está prohibido que responda “la aristocracia española” para echármelo abajo): “el ser humano necesita trabajar para sentirse en plena dignidad”. Está claro que a veces es imposible distinguir a la Duquesa de Alba de quien ya desde el alba, nada espera.

¿Estamos dispuestos a desafiar al Estado mientras que siga manteniendo, por ejemplo, esta injusta fiscalidad que prima a los fuertes y deja haciendo el primo a los débiles? Ya, algunos ni tan siquiera estáis dispuestos a reconocer esa afirmación que acabo de hacer: la mejor defensa no siempre es un buen ataque, basta con negar la mayor. Este norteamericano fue capaz de sufrir ignominia y cárcel por decir que la guerra con México o la esclavitud de los negros eran hechos indignos de un pueblo que quería ser grande. La suerte que corrieron los otros dos, ya la conocemos, al menos, en películas.

Fecha: 15/10/2014

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL